

HISTORIA DE LA
EDICIÓN
Y DE LA
LECTURA
EN
ESPAÑA
1472-1914

Bajo la dirección de
VÍCTOR INFANTES FRANÇOIS LOPEZ JEAN-FRANÇOIS BOTREL



[Fundación Germán Sánchez Rui Pérez]

Historia de la edición y de la lectura en España 1472-1914

Bajo la dirección de

VÍCTOR INFANTES

FRANÇOIS LOPEZ

JEAN-FRANÇOIS BOTREL

[Fundación Germán Sánchez Ruipérez]

La Fundación Germán Sánchez Ruipérez es una institución
sin fines de lucro, cuyo objetivo general es la creación, fomento y
desarrollo de todo tipo de actividades culturales.

Una de sus actividades específicas es la acción editorial,
en la que se enmarca la colección

BIBLIOTECA DEL LIBRO



Coordinación editorial y edición: Mariángeles Fernández

Maquetación y producción: Jorge Bermejo

“Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y el tratamiento informático, sin la preceptiva autorización.”

© Alonso, Cecilio, *et al.*, 2003

© De la edición en lengua española para todo el mundo:

FUNDACIÓN GERMÁN SÁNCHEZ RUIPÉREZ, 2003

Paseo de Eduardo Daro, 21. 28010 Madrid

ISBN 84-89384-40-1

Depósito legal: 16.251-2003

Printed in Spain

Impreso en Eurocolor, c/ Tuercas, 1, Pol. Ind. Santa Ana, Rivas Vaciamadrid (Madrid)

6.2

Las lecturas infantiles

JAIME GARCÍA PADRINO

La evolución de las lecturas infantiles en el siglo XIX es un claro reflejo de las diversas circunstancias que condicionaron entonces la imagen social de la infancia. Desde la escolarización y el tratamiento del aprendizaje lector, hasta la estructura familiar y su capacidad económica. Desde la actitud de los editores y libreros hacia niños y jóvenes como un nuevo mercado potencial hasta la intención que animó a los primeros autores para dedicar sus creaciones a este público específico.

El primero de tales factores condicionantes fue, sin duda, el paulatino aumento de la alfabetización como consecuencia del acceso a la escuela por parte de sectores sociales más amplios. Esa conquista por la infancia del derecho a la cultura no fue fácil ni rápida. Si bien su incorporación a la demanda de unas lecturas y unos libros específicamente destinados tiene sus orígenes en los años finales del siglo XVIII –cuando arraiga en la conciencia social la imagen del niño como “aurora pura del mundo futuro”, a partir de las propuestas filosóficas de Richter, según explica Delgado (1998: 164)–, el verdadero incremento de niños y niñas escolarizados que hiciesen de la lectura un auténtico instrumento para su desarrollo personal no se produ-

ciría hasta bien entrado el siglo XX (Borrás Llop, 1996).

Con tan estrecha relación entre la escuela y la lectura infantil, los primeros libros de lecturas¹ que consiguieron un indudable éxito en su difusión –demostrado en sus numerosas reediciones a lo largo de los años– se situaban, tanto por sus características formales como por los temas tratados e intenciones creadoras, en la ambigua frontera de lo utilitario o instructivo y de la lectura recreativa o de carácter más literario. Su consecuencia fue el dominio inequívoco del lema de “instruir deleitando” en las lecturas ofrecidas a la infancia hasta bien entrado el siglo XX (García Padrino, 1992). Además, tales propósitos instructivos fueron claramente impulsados por el fuerte dominio de la Iglesia católica en la enseñanza de la infancia y la juventud –como han puesto de relieve Hibbs-Lissorgues (1995 y 1997) y Botrel (1982)–, convirtiéndose así en celosa vigilante de la orientación y la determinación de las lecturas más convenientes para este público específico.

Por otra parte, tanto los catálogos comerciales como los inventarios de las bibliotecas de la época² demuestran que el libro infantil tardó tiempo en ganar espacio propio en librerías y en

editoriales. Para determinar cuáles eran entonces las lecturas más habituales para la infancia, hay que atender al fiable criterio del número y fechas de las reediciones de las que fueron objeto algunas obras que respondían a unos propósitos más recreativos aún dentro de su carácter escolar.

De acuerdo con dicho criterio, en la primera mitad del siglo destaca la presencia de diversas traducciones y adaptaciones de *Las aventuras de Telémaco*, de M. François de Salignac, “Fenelón”, obra más adecuada a unos lectores juveniles que a lo que hoy consideramos como infantiles. Tras las primeras traducciones publicadas ya en el siglo XVIII³, los primeros años del XIX vieron aparecer varias ediciones publicadas en Madrid⁴, seguidas de otras en Barcelona⁵ y en París⁶. Mantuvo esa vigencia hasta entrado el siguiente siglo, momento en que un entusiasta traductor y adaptador, A. B. Rodríguez se proponía en una nueva edición (*Las aventuras de Telémaco*. Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1902), “dar un buen alimento espiritual a la juventud”, ofreciendo a tales lectores “completa y fiel traducción de esta bellísima joya de la literatura ameno-educativa” (García Padrino, 1992: 26-27).

Pronto también la conciencia del adulto hacia la necesidad de ofrecer a los niños y jóvenes obras de valores indiscutibles se preocupó por acercarlos versiones adaptadas de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cervantes. La justificación de tales adaptaciones venía determinada asimismo por el amor y el entusiasmo de cada adaptador hacia la obra cervantina, que deseaba hacerla así accesible no sólo a la infancia sino a todas las clases sociales, tal como explicaban desde su título algunas de estas adaptaciones, como la publicada como el título de *El Quijote de los niños y para el pueblo* (Madrid, [s. i. José Rodríguez], 1856). Pocos años más tarde estas versiones abreviadas eran declaradas como lecturas escolares (*El Quijote de los*

niños, abreviado... y declarado de texto para las escuelas... 2ª ed., Madrid, [s. i.: Imp. Manuel Galiano], 1861), y, ya a finales de siglo, la famosa editorial de Saturnino Calleja incluía una de estas versiones para niños dentro de un método completo para la enseñanza de la lectura titulado *El Pensamiento Infantil: método de lectura conforme a la inteligencia de los niños* (Madrid, Saturnino Calleja, 1896-1897) (García Padrino, 1999).

En la primera mitad del XIX, cuando la formación del profesorado no estaba aún institucionalizada —la primera Escuela Normal se creó en 1839 por iniciativa del pedagogo liberal Pablo Montesino—, los libros de texto para la escuela se presentaban bajo la forma de obras de lectura con un ropaje más literario que pedagógico o didáctico, en cuanto a la ordenación de sus contenidos y a la presentación formal. Con muy escasas ilustraciones, la necesaria adecuación a los lectores infantiles sólo se buscaba con los tamaños de los tipos empleados en su confección gráfica y los formatos de las encuadernaciones donde dominan los volúmenes en 8º o en 16º. De ellos serían ejemplos significativos *El libro de los niños*, de Francisco Martínez de la Rosa (Madrid, Imp. de la Compañía Tipográfica, 1839)⁷, y *El libro de oro de las niñas*, de Antonio Pirala (3ª ed., Madrid: Imp. de M. Múnica, 1853)⁸.

Entrada ya la segunda mitad del siglo aparecía el *Diccionario de la Niñez: Colección de consejos morales, y nociones útiles y agradables para la lectura de los jóvenes y de las familias*, de Maximino Carrillo de Albornoz (Madrid, Establecimiento de José M.ª Lezcano y Roldán editor, 1855), obra dedicada a los profesores de Instrucción Pública con el propósito de “guiar convenientemente los pasos de una generación entera por el sendero de la perfección, que es el de la virtud”. Con tal intención el autor desarrollaba la idea de convertir a los niños en “vehículo para la

ilustración de las familias que sufren la ignorancia”⁹, inculcando para ello en sus lectores “ideas de religión, de honor y de virtud”¹⁰.

Otros ejemplos de esa pervivencia de obras que llegaron a ser “lecturas de abuelas y nietas” fueron también *El Faro de las niñas: colección de cuentos morales dedicados a las niñas por D. Baldomero Mediano y Ruiz* (19ª ed., Madrid: Suc. de Hernando, 1905)¹¹ y *Flora o la educación de una niña*, de Pilar Pascual de Sanjuán (Molho). De esta última en 1913 los hijos de Faustino Paluzie presentaban una nueva edición manteniendo el prólogo de la primera, donde aquel editor explicaba su propósito de publicar un libro que reuniera condiciones para las niñas semejantes a las demostradas desde 1836 por el *Juanito* de Parravicini. También Pilar Pascual de Sanjuán publicó *El trovador de la niñez* (Barcelona, Libr. de Juan y Antonio Bastinos, hacia 1865), que llegaba también a su 19ª edición en 1916 (Barcelona, Libr. de Suc. de Blas Camí, 1916), como “colección de composiciones en verso para ejercitarse los niños en la lectura de poesías”. Similar carácter ofrecían los *Discursos, diálogos y poesías para niños y niñas en diferentes actos escolares*, de Julián López Castillo, Pilar Pascual de Sanjuán y Antonio Anguiz (5ª ed., Barcelona, Jaime Lepús, 1894), clara muestra de un tratamiento utilitario de las antologías poéticas para la lectura de la infancia.

La influencia francesa en los decimonónicos libros para la lectura infantil justificó también las numerosas ediciones de *El amigo de los niños*, del Abbé Sabatier, obra creada desde la conciencia de su autor acerca de “la importancia de los niños como futuro y reemplazo de la generación actual”, y de la necesidad de suavizar la austeridad de la moral para presentarla a los ojos de los niños. Desarrollada la obra en capítulos de poca extensión, ofrecía a sus lectores instrucciones “por vía de consejo”, intercalando diversas fábulas con sus correspondientes ense-

ñanzas. Asimismo conoció una cierta difusión *La comedia infantil*, de Louis Ratisbonne¹², donde se incluían narraciones de corte realista protagonizadas por niños que mantenían diálogos con adultos y recibían así las oportunas enseñanzas¹³, anécdotas históricas, relatos científicos o “lecciones de historia natural”¹⁴.

Junto a tales modelos franceses, la obra que ejerció una poderosa influencia entre los decimonónicos lectores en edad escolar¹⁵ fue el *Giannetto* (1849), de Luigi Alessandro Parravicini¹⁶, cuyas traducciones y adaptaciones veían aún la luz después de más de cien años con nuevas y actualizadas ediciones bajo el título ya de *Juanito o el Tesoro de las Escuelas*. En sus páginas los lectores infantiles encontraban una idealizada imagen de una típica concepción burguesa, donde la honradez, el trabajo y la armonía en las relaciones sociales eran presentados como bases imprescindibles y casi inmutables para la felicidad y el triunfo personal, creando así unos moldes utilizados después en otras creaciones alentadas por similar intención instructiva¹⁷. Otro de los autores extranjeros cuyas numerosas obras contaron con traducciones de notable pervivencia en la oferta de lecturas para la infancia fue el jesuita Christoph von Schmid (1786-1854). Sus moralizadoras narraciones, de claros rasgos románticos y destinadas a conmover la sensibilidad de sus lectores, reflejaban una mentalidad conservadora preocupada por la formación católica de la infancia y de la juventud. Era una preocupación que justificó asimismo la aparición de los relatos del también jesuita Luis Coloma (1851-1915), publicados desde 1885 por la editorial El Mensajero del Corazón de Jesús en su *Colección de Lecturas Recreativas*, e inspirados en un particular empleo moralizador de elementos propios de la tradición popular (*La camisa del hombre feliz, Periquillo sin Miedo...*). En *Pelusa* (Madrid, Calleja, h. 1914) —que sería el último de sus relatos dedicados a los niños—

ofreció una muy interesante y divertida recreación de personajes y temas del mítico universo infantil (García Padrino, 2001: 11-29).

Asimismo, las revistas y periódicos infantiles trataron de impulsar la lectura entre las más diversas capas sociales en una época donde no existía una industria editorial especializada y las librerías apenas consideraban a la infancia como un mercado potencial. Pese al entusiasmo que inspiraron aquellas empresas periodísticas –con los papeles de editor, director, librero y redactor unidos, a veces, en la misma persona–, pocas fueron las que consiguieron vencer la escasa afición a la lectura y al desinterés social por la mejora educativa del país. Iniciada esta labor con *La Gaceta de los Niños* (1798) –según ha descrito Bravo Villasante (1969: 85-92)–, y entre los diversos títulos que aparecieron y desaparecieron durante el siglo XIX, destaca *La Ilustración de los Niños* (Núm. 1, Madrid, 10 de agosto 1849). En su segundo número cambiaba el título por *La educación de los niños* y mantenía una bella cabecera donde figuraban dos figuras femeninas que representaban a la instrucción y a la recreación en claro símbolo a los propósitos de su director, Francisco Morales de Castilla¹⁸.

Años más tarde aparecía otra publicación con el mismo título de *La ilustración de los Niños* (Núm. 1, Madrid, 1 de noviembre de 1878) y carácter quincenal, dirigida ahora por su propietario, José Novi y Pereda. Contaba con una larga lista de colaboradores habituales entre escritores y artistas plásticos que cuidaron la confección de una revista atractiva conforme a ese ideal de la “ilustración de la niñez”: “dadnos una infancia bien educada é instruida, y os formaremos un pueblo venturoso, digno y culto”, proclamaba el editorial de su segundo número.

Ya antes habían desarrollado esa misma línea otras publicaciones como *Periódico de la Infancia* (Núm. 1, Madrid, 15 de agosto de 1867), dirigida por D. César de Eguílaz y Bengoechea,

o *La Correspondencia de los Niños* (Núm. 1, Madrid, 9 de abril 1876), que explicaba a padres de familia y maestros su propósito de consagrarse a “la educación de ambos sexos”, abriendo el primer número “prospecto” con una disertación sobre “La virtud de las virtudes”, una admonición contra el vicio de fumar (“¿Queréis ser millonarios?”), o pensamientos de Balmes entre otras colaboraciones.

Algunas de estas publicaciones nacieron asimismo de los deseos de algunos escritores de la época por dedicarse a la creación literaria destinada a la infancia. Así, Manuel Ossorio y Bernard, después de publicar sus primeros libros de carácter infantil –*Cartas a un niño sobre Economía Política* (Madrid, Imp. de las Novedades, 1871) y *Moral infantil* (Madrid, Est. tip. de E. Cuesta, 1876)– dirigió la revista titulada *La Niñez* (1879-1882). También Carlos Frontaura creó y dirigió *Los Niños* (1870) –inspirado en el *Magasin d'Education et Récréation*, publicado en París (Cazottes, 1982)–, y *La Primera Edad* (1873), para después dedicarse a la publicación de cuentos en verso y en prosa con las primeras editoriales que asumieron esa especial labor de surtir de libros adecuados a los lectores infantiles. Junto a estos escritores, nombres como Teodoro Guerrero, Ángela Grassi, Pilar Pascual de Sanjuán, Teodoro Baró o Julia de Asensi, figuran entre los creadores que simultanearon las colaboraciones en aquella prensa infantil con las primeras ediciones destinadas a la lectura recreativa de la infancia de finales del siglo XIX (García Padrino, 1992: 39-71).

La consolidación de unas posibilidades para la recreación lectora, como complemento de las actividades realizadas en el marco escolar, fue impulsada por la aparición de las primeras editoriales que asumieron esa especialización en surtir de lecturas adecuadas a este público específico. De tal forma, la dedicación de aquellos editores nació unida a un claro interés pedagógico por

contribuir con sus ediciones a la formación del niño. Incluso las primeras colecciones así concebidas no sólo ofrecían en distintas proporciones el libro instructivo o escolar, junto a las lecturas recreativas de mayor o menor intención moralizadora, sino que se presentaban también como “obras de premio para la escuela”.

Surgió así una producción autóctona que trataba de hacer frente a las ediciones publicadas en Francia por editoriales que atendieron en aquellos años tanto a las necesidades de un mercado interior –inmigración y enseñanza del español– como a las posibilidades del comercio exterior con España y América (Botrel, 1997b; Fernández, 1999). Gracias a ello los infantiles lectores españoles contaron con obras que presentaban un tratamiento de la fantasía infantil escasamente atendido entonces por los autores españoles, como la novelita de Leon Gozlan (*Interesantes y maravillosas aventuras del Príncipe Cañamón y de su Hermanita. Versión española por D. Mariano Urrabieta*. París/México, Lib. de Ch. Bouret, 1881), o unas peculiares historias protagonizadas por animales para la “Biblioteca selecta para los niños” (Anónimo, *Historia de una carpa y su familia, de un sabueso y un faldero, de un cuadro de violetas, etc.* París, Garnier hermanos, 1891). Junto a ellas, otras creaciones también anónimas desarrollaban en la “Nueva Biblioteca Moral e Instructiva de la Niñez y la Juventud” el clásico modelo del *Juanito* (*Carlos o Dios castiga la crueldad con los animales*. París, A. Roger y F. Chernoviz, 1879), mientras otras series publicaban diversas traducciones del canónigo Schmid (*Itha*, París, Libr. de Rosa y Bouret, 1872), y obras instructivas con una lujosa presentación formal con litografías a color desconocida entonces entre las editadas en el país (Anónimo, *Ya sé leer. Lecturas y escenas infantiles por un papá*. París, Garnier hermanos, h. 1870).

Aquella línea editorial dedicada a la infancia se afianzó primero en Barcelona, gracias a la la-

bor de Juan Bastinos, iniciada en 1852, y continuada después por sus sucesores como Bastinos e hijo (hacia 1866), Juan y Antonio Bastinos (hacia 1886), y Antonio J. Bastinos (1890 a 1915), momento este donde la editorial publicó sus ediciones más cuidadas y contó con la colaboración de los autores que se consagraban con plena dedicación a la infancia como destinataria de sus creaciones. También en Barcelona, la librería católico-científica de la viuda e hijos de J. Subirana lanzó la “Biblioteca escogida de la juventud” y la “Biblioteca económica de la infancia”, bajo la dirección de Joaquín Rubió y Ors con el propósito de aunar en estas ediciones la amenidad, la instrucción y la moralidad, criterios dominantes entonces a la hora de plantearse la adecuación o no de las lecturas infantiles (Botrel, 1982; Hibbs-Lissorgues, 1997).

Diversas razones avalan el papel de la empresa creada por Saturnino Calleja Fernández en 1876 como la primera editorial que supo plantear una ambiciosa popularización del libro como transmisor de cultura y aliado imprescindible para la auténtica instrucción del pueblo. Aquel revolucionario editor estaba convencido de la trascendencia de su papel y consideraba al libro como un agente poderosísimo para el bien y para el mal por su influencia superior a la de cualquier otro medio de difusión de las ideas¹⁹.

La editorial de Saturnino Calleja se convirtió, pues, en un importante elemento para la promoción de la lectura y de la literatura infantil, gracias tanto a la promoción y la difusión conseguida con sus publicaciones –con las que llegó a alcanzar una perspectiva multinacional (García Padrino, 1996)–, como al cuidado puesto en sus relaciones con los creadores, autores e ilustradores.

Las traducciones y las adaptaciones fueron las grandes fuentes de los títulos incluidos en los “Cuentos de Calleja”. Si bien olvidaba casi siempre la cita justa de los creadores, autores o

traductores, Calleja impuso entonces sus peculiares modos de entender tales tareas. Un resaltado casticismo en el lenguaje y una españolización en los tipos, los detalles o los ambientes, caracterizan los textos traducidos o adaptados incluidos en aquellas colecciones. *Ole Lukøje*, una de las creaciones de Andersen con el personaje mítico que trae el sueño a los niños, vio la luz en la “Biblioteca escolar recreativa” con el título de *Los cuentos de Fernandillo*, sin figurar el nombre del traductor o dar noticia de su autor original. Del mismo modo, *Hansel y Gretel*, de los hermanos Grimm, aparecerá en los títulos de Calleja como *Juanito y Margarita*. Las aventuras disparatadas del Barón de Münchäusen eran atribuidos a un hispánico Barón de la Castaña. Las peripecias del muñeco de Collodi, traducidas por Rafael Calleja, conocieron algunas modificaciones importantes (Benítez Eiroa, 1972) y con ellas la propia editorial consiguió uno de sus grandes éxitos, al desarrollar Salvador Bartolozzi, a partir de 1917, una original recreación de las aventuras de Pinocho (García Padrino, 1996; 2001: 31-63)).

La labor desarrollada por Saturnino Calleja respondía así a un nuevo sentido en la función del editor acerca de esa especialización y de la orientación de los libros infantiles. Además su influencia resultó apreciable en otras editoriales, como Hijos de Santiago Rodríguez, que buscaron la competencia entonces dentro de este naciente mercado de los libros infantiles no escolares.

Con los primeros años del siglo XX, los lectores infantiles comenzaron a disfrutar de una nueva atención por parte de las publicaciones periódicas. El modelo fue marcado por la em-

presa Prensa Española al crear, primero en las páginas del diario *ABC* una sección infantil titulada “Los niños” y después *Gente Menuda* (15 febrero 1906). Más tarde, en 1910, se convertiría en suplemento de la revista *Blanco y Negro*, hasta 1914, fecha del fin de la primera etapa de esta publicación infantil²⁰. Durante estos años, la orientación de sus colaboraciones estuvo marcada por la personalidad de M.^a Atocha Osorio y Gallardo, creadora de unas prototípicas protagonistas infantiles que cristalizarían en 1928 en el personaje de Celia, creada por Elena Fortún en ese mismo suplemento infantil (García Padrino, 1992: 182-186; 2001: 65).

Por otra parte, durante los primeros quince años del siglo XX, otras editoriales españolas continuaron los caminos marcados por Calleja y se preocuparon por introducir modelos tomados ahora de ediciones inglesas, desplazando así el predominio de la anterior influencia francesa. Así, la barcelonesa editorial Araluce se dedicó a ofrecer a los más jóvenes lectores la colección “Las obras maestras al alcance de los niños”, que, desde 1914 hasta bien entrada la década de los años cincuenta, llegó a contar con cien títulos de adaptaciones de los grandes clásicos de la Literatura Universal, leídos así por varias generaciones²¹. También la ya clásica editorial Calleja tradujo en los primeros años veinte obras de la escritora inglesa Edith Nesbit.

De tal forma, a partir de 1915, las lecturas literarias al alcance de la infancia española mostraban una clara evolución en el concepto de esos mismos destinatarios por parte de autores y de editores, que tendría su más completo desarrollo en los años siguientes hasta su abrupta interrupción en 1936. Pero esa es ya otra historia...

Notas

1. Se deja aparte en este artículo el concepto de libros de texto escolares, ampliamente tratado en Escolano (1997 y 1998).
2. Véase como ejemplo los importantes y completos estudios dedicados a los lectores del siglo XIX en ciudades de condiciones sociales tan distintas como Madrid (Martínez Martín, 1991) o en Granada (Delgado / Cordón, 1998).
3. En el *Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español* se da cuenta de las primeras traducidas, fechadas en París (*Aventuras de Telemaco, hijo de Ulises continuación del Libro IV de la Odyssea de Homero por el Señor Arzobispo de Cambray; traducido del Original Francés*. París, Pedro Witte y Francisco Didot, Mercaderes de libros, 1733), Amberes (*Aventuras de Telemaco...* Amberes, hermanos De Tournes, 1742), Madrid (*Aventuras de Telemaco...* Madrid, Joachin Ibarra, 1758) y Barcelona (*Aventuras de Telemaco...* Barcelona, Thomas Piferrer... a costa de la Compañía, 1768).
4. Fénélon, François de Salignac de la Motte, *Las aventuras de Telémaco, hijo de Ulises, obra escrita en francés por Francisco de Salignac de la Motte-Fénélon traducida al castellano por Fernando Nicolás de Rebolleda*. Madrid, [s. i.: Imprenta de Don Mateo Repullés], 1803.
5. *Las aventuras de Telémaco, hijo de Ulises... traducida al castellano por Fernando Nicolás de Rebolleda*. 3ª ed., Barcelona, [s. i.: Imp. de Sierra y Martí], 1820.
6. *Las aventuras de Telémaco, hijo de Ulises por Fénélon*. París, Garnier Hermanos, 1891.
7. La citada obra de Martínez de la Rosa –aprobada ya en 1869 por la Dirección de Instrucción Primaria para que sirviese de texto en las escuelas del Reino– mantuvo sus reediciones hasta los primeros años del siglo XX, publicada ya por la editorial Hernando (68ª ed., Madrid, Suc. de Hernando, 1917), sin cambios importantes en sus contenidos ni en la presentación formal. Con un lema tomado del *Libro de los Proverbios*, de Salomón –“Salid de la infancia, vivid, y caminad por la senda de la prudencia”–, la obra se estructuraba como un sucesivo desgranar de lecturas instructivas, con máximas de carácter religioso o moralizador –“El niño curioso y necio, / Causa fastidio y desprecio”–, relatos protagonizados por personajes bíblicos o de ambientación histórica, junto a breves poemas y fábulas.
8. La educación de las niñas, desde la mentalidad burguesa vigente en la época, era el declarado propósito de Antonio Piraña con *El libro de oro de las niñas*, donde se ofrecían a sus lectoras “Oraciones a Dios, a los padres y a las profesoras”, relatos morales protagonizados por mujeres y jovencitas, páginas históricas, una “Breve historia de la mujer”, y unas entonces innovadoras “nociones de Higiene”, un breve diccionario biográfico de mujeres célebres, cerrando la obra las entonces inevitables reglas de urbanidad.
9. Así lo explica el autor: “También he tenido presente, que muchos de esos niños, hijos de padres humildes, llegan hasta vosotros procedentes de lejanas aldeas, y que al volver á sus hogares leen a sus familias, al amor de la lumbre y durante las veladas de invierno, ya insulsas novelas, ó ya romances de ciego, en los cuales se hace la apoteosis de los vicios y de los crímenes. Desgraciadamente contamos en España con una población inmensa que no sabe leer ni escribir.”
10. La obra, estructurada en forma de diccionario, ofrecía una triple posibilidad para su empleo: lectura correlativa, lectura por medio de agrupaciones de palabras análogas o de asuntos de igual índole, o una “lectura salpicada” buscando la explicación de cada uno de los artículos, nombres o palabras incluidos en su texto.
11. En la “Advertencia del editor” publicada en la 19ª ed. (Madrid: Suc. de Hernando, 1905) se reconocía la existencia de más de ciento ochenta mil ejemplares en circulación.
12. *La comedia infantil de Luis Ratisbonne, obra coronada por la Academia Francesa, puesta en castellano por J. Miguel y C. Barrallat*. Tercera edición ilustrada con 12 grabados. Barcelona: J. Bastinos é hijo, editores, 1874.
13. Con la titulada “El espejo” se abría este volumen: “La niña Laura estaba contemplándose ante un espejo. Su madre le dice: –Deja el espejo

en su lugar. —¡Quiero mirarme, responde la niña, y llora que te llora, y grita que te grita, y patea que patea. —¿Lo quieres? pues bien, dice la madre, contempla tus visages (*sic*)... / Y Laura vio en el espejo una niña encolerizada que tenía una facha espantosa.”

14. El volumen se cierra con “Dos palabras a los niños”, firmadas por los traductores en diciembre de 1864, donde animaban a los niños a leerlas en el futuro en su lengua original y a mejorar ahora en el español, leyendo “libros españoles, de entre los buenos que tenemos, que no son pocos”, para dar “honra y prez con vuestras ideas al noble suelo donde habeis (*sic*) nacido”.
15. Un claro testimonio lo tenemos en los recuerdos infantiles de Unamuno (*Recuerdos de niñez y de mocedad*, 1908), que evocaba esta obra de Parravicini junto a *El amigo de los niños*, de Sabatier. Véase también García Padrino (1992: 21-23).
16. La obra de Parravicini (Milán, 1799-Venecia, 1880), publicada en Italia en el año 1837, fue pronto objeto de modificaciones y adaptaciones en distintos países. En 1874, contaba con cincuenta y siete ediciones en italiano y había sido ya traducida a otras lenguas europeas. La primera traducción española aparece en 1848 (*Juanito: obra que obtuvo el premio prometido por la Sociedad Florentina á el autor del más hermoso libro de lectura moral para uso de los niños* (Granada, Imp. M. Sanz, 1848), y la segunda, un año más tarde (*Juanito: obra elemental de educación para los niños y para el pueblo, traducido libremente del italiano por D. Mariano Torrente*, 2ª ed., Madrid: Imp. de A. Mateis, 1849).
17. Entre tan inefables secuelas, se citarán ahora las publicadas por Ignacio Ramón Miró con el título de *Luisito ó la historia de un niño* (3ª ed., Barcelona: Lib. de Juan y Antonio Bastinos, 1881), y por Francisco Pi y Arsuaga, *Carlos (Libro de lectura enciclopédica para niños)* (Paris, Garnier Hermanos, 1898). Sobre esta última obra, véase García Padrino (1992: 23).
18. La amenidad y el deseo de “formar un libro ameno y lujoso” —que superase todo lo que hasta entonces se había publicado para la infancia, según palabras de su director— inspiraba la variedad de sus secciones donde lo instructivo —descripciones geográficas, artículos científicos y sobre las bellas artes, comentarios bibliográficos, etc— se confundía con lo recreativo, pues tal intención animaba relatos y composiciones poéticas donde la moralidad y las meditaciones religiosas nunca quedaban olvidadas.
19. “Hoy, [...] sigue siendo la misión del editor de grandísima importancia; desde luego bajo el aspecto puramente literario, y además bajo el moral y el docente. La idea del lucro, por legítima que sea, como ciertamente lo es cuando no traspasa sus justos límites, no es la única que debe guiar al editor que sepa lo que se debe a sí mismo, a la profesión que ejerce y a la sociedad de que forma parte, ni siquiera la que más debe pesar en sus juicios y en sus actos. Otras hay que deben ser para él mucho más respetables”. (“Al público”, en *Catálogo y Tarifa 1914. Casa editorial Saturnino Calleja*).
20. En 1928, una reestructuración de *Blanco y Negro* recuperaba esta sección para niños que se mantendría hasta el 19 de julio de 1936.
21. La colección se abría con *Historias de Shakespeare, Los héroes, La Divina Comedia, Guillermo Tell, Cuentos de Grimm, Viajes de Gulliver, Historias de Wagner* y dos volúmenes para *Don Quijote*. Esos primeros títulos corresponden a obras publicadas por la editorial londinense T. C. & E. C. Jack. Véase las reediciones de veinte de aquellas obras publicadas por Ediciones Anaya entre 1997 y 1998 en la colección “Biblioteca Araluce”.

CATÁLOGO.

AMENIDAD, INSTRUCCION, MORALIDAD.

BIBLIOTECA ESCOGIDA

DE

LA JUVENTUD:

COLECCION DE HISTORIAS PARTICULARES

Y DE

NOVELAS INTERESANTES Y MORALES,

PUBLICADAS BAJO LA DIRECCION

DE D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS,

INDIVIDUO DE VARIAS CORPORACIONES LITERARIAS, Y CATEDRÁTICO DE HISTORIA
UNIVERSAL DE ESTA UNIVERSIDAD,

y revisadas por

EL ILUSTRE DR: D. JOSÉ MORGADES Y GILI,

CANÓNICO PENITENCIARIO DE ESTA SANTA IGLESIA,

Y EL R. P. D. JOAQUIN FORNS,

Ex-Catedrático de Teología y Cánovas en este Seminario.

Quando emprendimos la publicacion de la presente **Biblioteca**, sabíamos que tomábamos sobre nosotros una empresa que, si como especulacion podia ser de dudoso resultado, debia por necesidad ser de grande utilidad y provecho moralmente considerada; y hé aquí porque cerrando los ojos á toda mira interesada, los abrimos tan solo para fijarlos en nuestro objeto y ver cuales eran los mejores y más fáciles caminos para llegar á él.

Veinte y cuatro tomos tenemos publicados, los cuales, son un testimonio de que no nos arredraron los sacrificios que nos imponiamos, y al mismo tiempo son una prueba de que hemos sido secundados por los muchos que han comprendido la utilidad de nuestra **Biblioteca**, y por consiguiente de que son leídas,—y esto es lo que más deseamos— las novelas é historias de que se compone.

VÉASE LA ADVERTENCIA DE LA PÁGINA 2.

DOCUMENTO

MANIFIESTO DEL MAGISTERIO PÚBLICO AL MAGISTERIO DE PRIMERA ENSEÑANZA
FIRMADO "POR LA MAYOR PARTE DE LOS PROFESORES Y PROFESORAS DE INSTRUCCIÓN
PRIMARIA DE MADRID", A PROPÓSITO DE

[...] la adopción en las escuelas primarias de ciertos libritos que contienen doctrinas contrarias a la sana moral y a la ciencia pedagógica, y que debieran ser inmediatamente desterrados, y aun barridos, para que no ensucien el recinto donde se colocan las generaciones que nos han de suceder, dignos del fuego, y que exponen a los niños a precoz corrupción e inmoralidad [...] rechazan ese procedimiento sospechoso del arreglo de facturas y recibos que ofrecen editores como don Saturnino Calleja, el cual tiene además, el privilegio, no envidiable, de ofrecer un cierto treinta y siete por ciento de ganancia líquida a los maestros que adoptan los libros de aquella casa, convirtiendo al sacerdote de la infancia en un mal negociante de géneros literarios averiados, en un desdichado *confeccionador* de instrumentos comerciales, en un despreciable usurero [...]

Que se sepa que en el país hay maestros a quienes no seduce el metal que ofrecen, que no admiten en sus escuelas libros pornográficos ni irracionales, ni de carácter vitando, ni de historietas absurdas, ni que contengan cantidades de veneno, ni de brujas, duendes, hadas ni encantamientos.

Madrid, 5 de octubre de 1893.

Reproducido en el *Boletín oficial eclesiástico del obispado de Santander*, n° 39-40, 21 de octubre de 1893, pp. 315-316 ; transcripción de J.-F. Botrel.